



# Raphael Minder

## ¿Esto es España?

Una década de corresponsalía

**PENÍNSULA**

Raphael Minder  
**¿Esto es España?**

Una década de corresponsalía

Traducción de Vanesa García Cazorla

© Raphael Minder, 2020

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre de 2020

© de la traducción del inglés, Vanesa García Cazorla, 2020

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2020  
Ediciones Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

DAVID PABLO - fotocomposición  
DEPÓSITO LEGAL: B.18.601-2020  
ISBN: 978-84-9942-942-7

## ÍNDICE

Una década turbulenta en un país de contrastes	11
--	----

### POLÍTICA

El camino de la justicia: los altibajos de Baltasar Garzón	23
La polémica catalana: las múltiples caras de la independencia	35
Un octubre caliente: caos y conflicto en el referéndum catalán	51
Prestar oído sin regalarlo: las aristas del <i>procés</i>	71
Un amor europeo: la relación entre España y la Unión Europea	83
La generación de 2015: el fin del bipartidismo	95

### ECONOMÍA

Los dioses del dinero: los rescates de las cajas	111
Duelo al sol: auge y ocaso de Abengoa	125
La marca España: la preocupación por la imagen del país	137
El negocio de la tierra: el potencial de la mermelada, el vino y la trufa	153
Un mundo más o menos global: vender sexo y colonialismo	163

## SOCIEDAD

Drogas sin violencia: la vía de escape de Barbate en plena crisis	177
La limosna del rico: la endeble cultura de la filantropía española	189
Salto de vallas: las puertas de la inmigración quedan al sur	205
Salir del coma: la lucha por la justicia tras una negligencia médica	221
Un olvido a la americana: décadas de residuos nucleares en Palomares	231
La larga sombra de Franco: la memoria histórica como asignatura pendiente	241
Pequeño pero matón: cómo el Pequeño Nicolás burló al poder	259
El cuarto poder: luces y sombras de la prensa española	271
La presunción de inocencia: las acusaciones de pederastia contra un cura granadino	285
Recuperar una herencia: el pasado sefardí de la península	295
Valorar la fiesta: un mosaico de celebraciones únicas	307
Proteger al denunciante: los peligros de destapar la corrupción	317
Epílogo	335

## UNA DÉCADA TURBULENTA EN UN PAÍS DE CONTRASTES

Aterricé en Madrid en 2010, el 1 de abril, fecha en la que en Estados Unidos y parte de Europa se celebra el Fools' Day, el equivalente del día de los Santos Inocentes. Enseguida tuve la impresión de que algunos dirigentes españoles rayaban en el delirio al creer que, de algún modo, podrían prolongar aquella década española de esplendor económico, aun cuando ya asomaran los nubarrones de la crisis financiera.

Dos semanas después de mi llegada, cubrí una reunión de ministros de Finanzas europeos que se celebró en Madrid, pues entonces España ejercía la Presidencia rotatoria de la Unión Europea. Si bien el destino de Grecia era el asunto prioritario en la agenda, algunos de los ministros expresaron también sus dudas sobre la capacidad española para cumplir sus objetivos presupuestarios. Elena Salgado, entonces ministra de Economía española, hizo caso omiso de sus preocupaciones. Al parecer seguía convencida de que los brotes verdes del crecimiento económico que ella había augurado todavía podrían nacer y sustentar a España.

Sin embargo, en mayo se aprobó el plan de rescate internacional de Grecia, y ese mismo mes el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero efectuó los primeros recortes presupuestarios. La burbuja española había estallado, aunque habrían de

transcurrir otros dos años hasta que otro Gobierno, liderado por Mariano Rajoy, se viera obligado a negociar el rescate bancario europeo.

Mientras España se sumía en una crisis cada vez más profunda, mis jefes estadounidenses querían tratar el tema desde una perspectiva más amplia: saber si el descarrilamiento de España asimismo entrañaría la destrucción de la estabilidad financiera europea. La idea era que la Unión Europea (UE) no tenía recursos para salvar la economía española, que era más grande que la combinación de las de los tres países —Grecia, Irlanda y Portugal— que los acreedores internacionales habían estado ya obligados a rescatar.

Al final, España empleó menos dinero del rescate del que había solicitado para sobrevivir a la crisis financiera y se las ingenió para salir de la recesión al cabo de tan solo un año. Así las cosas, rápidamente España empezó a recibir aplausos por el saneamiento de su sector bancario, el aumento en las exportaciones y el descenso del desempleo generalizado, todo lo cual garantizó que el país volviera a convertirse en uno de los motores económicos de Europa.

Sin embargo, al descontento social generalizado que seguía existiendo se sumaron otras fuerzas que supusieron un factor de tensión en el tejido social español. Tras haberme pasado mis tres primeros años escribiendo casi de manera exclusiva para los redactores jefes de la sección de Negocios, me di cuenta de que las informaciones que cubría ahora estaban orientándose en gran medida hacia artículos de naturaleza política y social. En cualquier caso, España continuó siendo noticia, desde la abdicación del rey Juan Carlos en 2014 hasta el final del bipartidismo en 2015 y el desafío secesionista en Cataluña, que se puso al rojo vivo en otoño de 2017.

A esas alturas vi con claridad que estaba siendo un observador de primera línea de la década probablemente de mayor

impacto en España desde la instauración de la democracia, aunque no hubiera alcanzado esa «segunda transición» que Pablo Iglesias, el líder de Podemos, había presagiado cuando lo entrevisté en 2015, poco antes de que su partido ganara sus primeros escaños en el Congreso de los Diputados.

Mientras Podemos y Ciudadanos se preparaban para entrar por vez primera en el hemiciclo, yo estaba empezando a trabajar en mi primer libro, sobre Cataluña, asunto del que hablaré con mayor detalle más adelante. El libro lo sacó a la luz una editorial británica en septiembre de 2017, precisamente en la misma semana en que los parlamentarios separatistas desafiaron al Gobierno español y al Tribunal Constitucional presionando, a través de sus leyes catalanas, para la celebración de un referéndum de independencia.

Cuando se publicó mi libro sobre Cataluña, Ramon Pere lló, a la sazón editor de Península, me ofreció continuar con otro libro, esta vez sobre mi experiencia en calidad de corresponsal extranjero en España. Como en aquel entonces andaba yo enfrascado cubriendo para mi periódico la convulsa política española, le dije que, desafortunadamente, estaba demasiado ocupado. Pero empezamos a vernos de tarde en tarde, ya fuera en Madrid, ya en Barcelona, y construimos una amistad en la que yo también he aprendido mucho de sus enjundiosas anécdotas y esclarecedoras opiniones sobre España. Cuando ya llevaba cerca de una década de corresponsal en España, acordamos recuperar aquella generosa propuesta que ya me había hecho en 2017 para escribir un libro.

He aquí el resultado. He estructurado el libro a modo de una serie de estampas que pueden leerse por separado, pero con la esperanza de brindar una visión general de cómo he percibido España y cómo he escrito sobre el país durante la última década. Algunos capítulos están basados en mis reportajes para *The New York Times*. Pero parte del material presente en este libro nunca se ha publicado o trata sobre vivencias



más personales y reflexiones más abiertas sobre España y el trabajo de un corresponsal.

De hecho, espero que este libro arroje luz sobre aquello que hace que mi trabajo sea apasionante, estimulante, gratificador y, en ocasiones, también frustrante. Es un enorme privilegio trabajar de corresponsal extranjero, máxime en un país tan diverso, abierto y cautivador como España. Espero que el lector me acompañe en este viaje a lo largo y ancho de España, pero que asimismo pasee por la cocina del periodismo y vea por qué se añadieron algunos ingredientes al cóctel de noticias y reportajes que he escrito sobre España, en tanto que otros se quedaron fuera.

Cuando se ejerce bien, el periodismo es un servicio público, función que desde mucho tiempo atrás le ha atribuido el mundo anglosajón en el concepto de cuarto poder. Me encanta la idea de formar parte de este cuarto poder, ya que puede ayudar a informar y orientar a la sociedad, al tiempo que defiende la democracia y los derechos humanos al actuar de perro guardián contra las fechorías políticas y otros desmanes económicos o sociales. Ahora bien, para mí, lo mejor de ser periodista es tener la oportunidad de preguntar y obtener respuestas (al menos la mayoría de las veces). Un periodista puede aprender algo nuevo a diario y, por ende, recibir una formación gratuitamente al tiempo que se gana la vida (creo, por descontado, que el periodismo debería estar bien pagado). No existen preguntas necias, menos aún cuando eres un corresponsal extranjero, pues siempre puedes alegar desconocimiento sobre las estructuras y costumbres de una sociedad, o sobre la historia de un país.

Trabajar de corresponsal es, por lo tanto, una curva de aprendizaje escarpada y muy enriquecedora que, a veces, entraña la tentativa de dominar un nuevo idioma.

El corresponsal es un estudiante y un observador de un país, pero su labor no es un constante intento de reinventar la

rueda. Muy a menudo mi trabajo se ha basado en noticias que han cubierto muy bien los periodistas españoles y cuya ardua tarea de investigación ya se había llevado a cabo. No obstante, mi reto ha sido explicar a un mayor número de lectores internacionales la relevancia de una noticia que la gente en España podría conocer, pero que podría revisarse y contemplarse desde una perspectiva diferente y más amplia.

Esta labor requiere concentrarse en elementos de esa noticia que podrían ser importantes o despertar la curiosidad en un lector que habitualmente no ha seguido la actualidad española o a quien incluso le cueste situar España en el mapa. Me gusta comparar esto con el reto al que se enfrenta una fotógrafa que posee una cámara magnífica pero que acaso se halla mirando algo que está ligeramente desenfocado. El *zoom* de la cámara es perfecto para captar los detalles, pero no sirve para hacerse una idea del panorama. Un mínimo cambio en la apertura del diafragma puede hacer que una imagen tenga un aspecto muy diferente. Al igual que la fotógrafa, el corresponsal a veces ha de retocar un poco con el fin de ayudar a que los árboles dejen ver el bosque a sus lectores.

Al tiempo que pienso en los lectores, he de empezar a convencer a mi lector más importante, que es el jefe de sección que en cada caso corresponda y que tendrá que invertir tiempo y energía en trabajar en un reportaje sobre España. Los miembros de la junta editorial de *The New York Times* poseen un enorme talento, así como un extraordinario conocimiento de la política mundial, pero el mundo es un lugar enorme que bulle de actividad en el que España solo ocupa un rincón en el sudoeste de Europa.

El trabajo del corresponsal consiste, pues, en comprender los pormenores de una noticia para, a continuación, concentrarse solamente en los aspectos más relevantes de esta y archivar el resto del material. También he tenido que pensar detenidamente a la hora de elegir el momento oportuno. Es

importante no llegar con demasiado retraso a una información, sobre todo en esta era de internet, en la que la gente puede leer las noticias al instante y cree que debería tener un conocimiento completo de inmediato. Pero, en ocasiones, es mejor empezar tarde que quedarse atascado en un embotellamiento de noticias. A menos que se trate de una noticia trascendental de última hora, no tiene mucho sentido llamar al redactor jefe de la sección de Europa con una propuesta desde España el mismo día en que unos terroristas perpetran un atentado en París o en que la primera ministra Theresa May dimite en pleno caos del Brexit.

Al trabajar para *The New York Times*, también me he convertido, con creciente asiduidad, en el primer recurso de personas en España que quieren contar al mundo sus historias, algo de lo que hablaré más detalladamente en este libro. Con frecuencia quienes se ponen en contacto conmigo desean lograr un reconocimiento internacional para su trabajo o para un asunto. A veces, sin embargo, lo hacen por pura frustración y afirman que en España no se les ha prestado oídos. Algunos me han dicho que, dado que no tengo intereses privados en España, debería ser capaz de comprenderlos mejor que los dirigentes o los periodistas que han dado la espalda a su problema o que incluso en ocasiones han contribuido a ocultarlo.

No creo, por supuesto, que semejante afirmación sea siempre acertada. En España existe un debate animado y abierto sobre infinidad de temas. Como ya he apuntado antes, los periodistas españoles llevan a cabo importantes investigaciones, y con frecuencia me apoyo en su magnífico trabajo. Los fiscales siguen abriendo nuevos casos. Algunas veces se ha cuestionado el funcionamiento del poder judicial español, pero este ha dictado algunas sentencias de gran alcance y ha contribuido a reducir la montaña de corrupción que acompañó al auge inmobiliario en España. He escrito sobre Rodrigo Rato y un puñado de banqueros que fueron condenados por fraude. También he

cubierto el encarcelamiento de Iñaki Urdangarin, miembro de la familia real española, además del de un buen número de políticos, como Jaume Matas, el expresidente de las islas Baleares. No muchos países pueden afirmar haber puesto entre rejas a tantos miembros de sus élites como España.

Pero, a decir verdad, en cuanto corresponsal extranjero, no siento que deba nada a España en el plano personal salvo el privilegio de que se me haya consentido vivir y trabajar aquí. Puedo maravillarme ante la belleza y la complejidad del país, admirar a su gente, tener muy buenos amigos, amar su gastronomía y su música, pero todo esto me convierte más en un residente feliz que en un ciudadano que enarbola la bandera española. Y, para mi trabajo, es bueno gozar de esta posición. Ello me permite ser crítico sin tener la sensación de estar traicionando a alguien o mostrando deslealtad al país y sus instituciones. Asimismo, me permite elogiar sin dejar que esto se mude en adoración o devoción. He seguido partidos de fútbol tanto en Madrid como en Barcelona, sentado en la tribuna de prensa del estadio Santiago Bernabéu o del Camp Nou al lado de periodistas que parecen estar al borde de un ataque al corazón mientras realizan su trabajo. A veces hasta dan manotazos en la mesa o chillan a grito herido antes de teclear la siguiente frase en su ordenador portátil. A menudo me he preguntado cómo pueden dichos periodistas escribir una crónica objetiva sobre el partido cuando hay tanta pasión personal de por medio.

Comencé mi andadura en el periodismo en 1993 en mi país de origen, Suiza, cubriendo la actualidad para Bloomberg News. Desde entonces, he trabajado de corresponsal extranjero en otros cinco países durante todos estos años, diez de ellos para *The Financial Times*. En cada uno de esos países, incluido el mío, he detectado cuestiones muy delicadas que enardecen los ánimos y, por lo tanto, escribiera lo que escribiese sobre ellas, era seguro que suscitarían algunas críticas. En España, el

fútbol es uno de estos temas sensibles. Pero en mi lista también están los toros, el catolicismo, la Guerra Civil y Franco, la monarquía, el terrorismo vasco y el más reciente secesionismo catalán.

En esta era de las redes sociales y las noticias en línea, algunos de mis detractores han arremetido contra mí incluso antes de leer un artículo mío, basándose en lo que otra persona ha dicho en Twitter o en otra parte (y a saber si después han leído o no de veras mi artículo). Esto es algo que en concreto sucedió con el libro que escribí sobre Cataluña, que presentó un desafío del que hablaré más adelante. Lo mismo ha ocurrido con algunos de mis artículos, que han enfadado a alguna gente no tanto por lo que he escrito ni por su contenido como por el titular o las fotos que acompañaban a mi texto.

En calidad de corresponsal extranjero, acepto que he de estar en la primera línea y que a veces he de esquivar las primeras balas. A ningún lector le importa el hecho de que un redactor jefe escriba mis titulares o que un fotógrafo tome unas imágenes que después son seleccionadas por un grupo aparte de editores de fotografía y que, normalmente, yo solo veo una vez publicadas. En verdad, relativamente pocas personas en España parecen comprender que un rotativo como *The New York Times* tiene diferentes departamentos y que, con el fin de preservar su imparcialidad, su organización se funda en mantener una serie de barreras internas, en especial entre las personas que dirigen las páginas de noticias y aquellas que se ocupan de los artículos de opinión y las reflexiones de los editoriales. En 2016 se añadió un nuevo estrato cuando *The New York Times* inició una edición en español con sede en Ciudad de México que, con su propia y reducida redacción, traducía muchos artículos (incluidos los míos), pero que asimismo encargaba artículos de opinión a escritores hispanohablantes para su propia sección, alojada en el portal del rotativo. En resumen, *The New York Times* es una nutrida parroquia en la

que se publican los escritos de muchas personas diferentes, a veces incluso en idiomas diferentes, y las decisiones editoriales siempre se toman muy por encima de mi grado de competencia y responsabilidad.

El presente libro no trata sobre el periodismo norteamericano, antes bien es la crónica de un corresponsal suizo que trabaja para un diario estadounidense. Tampoco es un intento de volver a narrar con pelos y señales los acontecimientos trascendentales de la última década. En efecto, muchos de los artículos más memorables que he escrito para mi periódico nada tienen que ver con las noticias de actualidad en la España del momento. Se me ocurrieron porque sencillamente leí u oí algo que me pareció desacostumbrado. He conocido a personas fascinantes en algunos de los rincones más remotos de España, además de algunas con las que me he topado casi en la puerta de mi casa. Para mí una de las historias más desgarradoras, y de la que hablo en este libro, es la de una familia que montó una tienda de campaña en una plaza de Madrid para protestar por la negligencia médica que dejó a su hijo en coma.

Espero compartir con el lector lo que para mí ha sido un extraordinario viaje de descubrimiento en el que he sido capaz de probar y revisar muchos de mis supuestos iniciales sobre España. En todo caso, he estado en España mucho más de lo que había previsto porque todavía me queda mucho por aprender aquí.